

persuadiendo al pobre Claudio, en nombre de Nerón, á que vuelva por Troya, cual si Claudio fuese una divinidad, en vez de ser una calabaza.

— Peores divinidades que Claudio saltan á cada instante y á cada paso en las supersticiones populares.

— ¡Oh! Lo dificulto.

— ¿Lo dificultas?

— No. He dicho mal; no lo dificulto: lo niego.

— Pero eso no hace al caso.

— En fin, se hará lo que tú quieras.

— Ya sabes que Claudio se cree descendiente de Venus.

— En la familia tú muestras con gracias sin número tal ascendencia. Pero tu marido, que va siempre cojeando, sólo representa las gracias de Vulcano.

— Vamos. No te chancees con estas cosas tan graves y á esta hora tan solemne: domina tus cóleras con actos, ya que aconsejas este dominio á los demás con palabras. En cuanto demuestres con una de las inspiradas oraciones que únicamente sabes tú componer la superioridad oratoria de Nerón, Claudio hace testamento y le manda la imperial diadema de Roma.

— ¿Lo crees así?

— ¡Vaya si lo creo!

— Y ¡cuán estúpido el tal Claudio!

— No puedes imaginarte cómo lo transporta por los más altos pináculos y lo saca de tino la elocuencia.

— Si de arrebato en arrebato llegase hasta una epilepsia mortal, nada perdería Roma y mucho ganarías tú.

— No lo dudo. Mas no debes olvidarte de que á Roma y al hogar te ha devuelto.

— ¿No me has devuelto tú con resistencia de su parte?

— Sí; pero al fin la orden ha sido firmada por él.

— ¿Por él?

— Sí, sí, por él.

— Agripina, calla: por el estilete que has puesto en sus manos. Al estilete debo adorar que se halla en su tintero, y no al dedo fatal y dócil que lo ha cogido porque tú se lo has mandado.

— ¡Manos á la obra!

— Pondrélas; pero no sin decirte antes que agencies sobre todo el matrimonio de tu hijo con Octavia.

— Lo agenciaré, cumpliendo tu deseo.

— Así lo que haces por Nerón lo haces también por una hija de Claudio; y puedes cohonestar con apariencias de homenaje á tu esposo cuanto hagas en contra del derecho de Británico.

— He pensado tanto en eso, como que acabo de concurrir á su preparación, destruyendo algunos importantísimos obstáculos.

— ¿De veras?

— Y tan de veras.

— Ya veo, Agripina, que estás en todo.

— A no estarlo ¿cuándo, si no, rigiera el Imperio?

— Me da, sin embargo, un tanto de tristísimo escalofrío tu método en remover obstáculos.

— ¡Bah!

— No me asustes.

— Te asustas de bien poco tú.

— Del mal siempre.

— No te presentes á mí con pasmarotadas hipócritas.

— ¡Agripina!

— Te conozco demasiado para no reirme de tus aspavientos.

— Yo predico siempre la virtud.

— Pero no la practicas nunca.

— Eres mi amiga y dices de mí cosas jamás dichas por mis mayores enemigos.

— Como tras el sagrario se ríen los sacerdotes de sus liturgias y sobre las víctimas de sus augurios los augures, también se ríen los retóricos y los filósofos de sus respectivas enseñanzas y de sus declamaciones.

— Agripina, eres implacable.

— Y tú divertido, Séneca.

— No debías decir tales cosas.

— ¿Ni aquí siquiera, donde nuestras conciencias de toda vestimenta se desnudan? ¡Si no dijeras tú cosas peores y mucho más peligrosas!...

— Yo he sostenido siempre que la vida beata está en regular las costumbres y someter las pasiones. He sugerido á los demás el des-

precio á la muerte alcanzado por mí en el reposo y serenidad interiores de conciencia. He cuidado del cuerpo, mas no en perjuicio del honor. Los verdaderos goces para mí se hallan lejos de las frívolas voluptuosidades. En mis tropiezos, cuando heme visto afligido por el remordimiento, no he desesperado de la enmienda. Antes me censuro á mí que á los demás. Gústame de usar cierta severidad con mis propios actos y cierta indulgencia con los ajenos. Perfecciono todo cuanto puedo mi razón para que mi razón perfeccione cuanto pueda mi vida. Vivo en privado cual si me viese á cada minuto el público. Nunca he creído mis defectos originados en el ejemplo y en el consejo de mis prójimos, sino en mi propia debilidad. Nunca he creído á los aduladores empeñados en darme calidades no reconocidas por mi vista interior. He adquirido la libertad por mi esfuerzo y dudado de que puedan adquirirla también cuantos no la desean. Más estimo á los hombres por su mérito que por su fortuna. Ya puedo morir, porque la filosofía me ha dado el claro concepto de la nada de nuestra vida. Con los preceptos filosóficos aclamados y no puestos en práctica, el ser moral se enflaquece y se corrompe la vida. Resultan siempre las mejores máximas los más vivos y practicados ejemplos. Mala cosa la grande abundancia de remedios por causa y razón de la grande abundancia de males. Nada tan independiente como la sobriedad, ni tan libre como la pobreza. Ten paz contigo y no te importe las guerras que te declaren los demás. Más sorprendentes que las bellezas del cielo estrellado aparecen á mis ojos las bellezas del mundo moral.

— Pero, Séneca, interrumpe, interrumpe, interrumpe toda esa plática de moral; porque hartos sé cómo las gastas tú. Pues qué, ¿no has prestado á usura? ¿No te has enriquecido con tus oficios? ¿No te has vengado de tus enemigos? Vamos, cuéntale, Séneca, todo eso á quien te desconozca, como te desconoce todo el público, no á mí, que me sé á Séneca de memoria. Y no lo llamé de su destierro á costa de mi tranquilidad para que me predicase virtud, sino para que prosperara mis proyectos. Estamos unidos tú y yo por el apretado nudo del crimen. Dejémonos de gazmoñerías y manos á la obra. Te decía, cuando interrumpiste mis dichos con tus declamaciones, que había ocurrido al casamiento con Octavia de mi

Nerón por los medios usuales en estas casas y en estas familias nuestras.

— Ya lo comprendo, Agripina; pero constreñido por una fuerza mayor que mi voluntad á obedecerte y á servirte, ruégote consideres cómo no me queda otro recurso sino abstraer mi espíritu de aquello mismo que hago sin remedio y repruebo sin apelación.

— Abstrae lo que quieras y cuanto quieras anatematiza, con ideas y hasta con palabras, si tal inutilidad te pide tu gusto; pero ayúdame á todo y en todo.

— Te ayudaré.

Y Séneca suspiró con tristeza hondísima.

— Decláte cómo había ocurrido á todo lo necesario para facilitar el matrimonio de Octavia y Nerón.

— Sea en buen hora.

— No puede medirse cuánto me han costado los primeros pasos, ni calcularse cuánto me costarán los todavía restantes.

— Vencer los escrúpulos de leguleyo tan fastidioso como tu marido, habrá sido en verdad obra de gigantes.

— Ya lo creo; como que adoptado Nerón por Claudio, hijo de éste ya según tal adopción, resulta hermano de Octavia.

— ¡Oh!

— Ya me costó un triunfo el que adoptase á Nerón, pues en sus pasiones por todo lo histórico decía con orgullo haber tanta vitalidad en su familia, que no necesitaba conservarse por adopciones ajenas, sino por generación legítima y natural.

— Y ¿cómo ahora en su pedantismo salvará los escrúpulos legales que habrá de ver por fuerza en el matrimonio entre Octavia y Nerón? ¿cómo?

— Pues de un modo muy fácil.

— Han abierto los césares tantos y tan grandes agujeros en las leyes, que ninguna interpretación extraordinaria conseguirá extrañarme.

— Para que perdieran el carácter de hermanos, desde que Nerón entró en la familia Claudia por adopción, salió de la familia Claudia Octavia por adopción de otra familia.

— Bien ideado; y mucho, en verdad, honra tal salida increíble á quienes la encontraran.

— Luego, encontrando á la muchacha enamorada perdida-mente del joven patricio Silano, para que lo dejase ella, dejó él en mis manos la vida.

— ¡Agripina! — exclamó Séneca horrorizado.

— Séneca — dijo la emperatriz ante tal aspaviento, — hete dicho mil veces que no levante tu destierro para que temblaras á mis acuerdos con horror, sino para que me los obedecieras y los observaras con fidelidad. Hazte de miel y te comerán las moscas. Yo delaté á Silano de amores incestuosos con su hermana Calvina.

— Claudio habrá hecho á tal delación tuya una barbaridad.

— Ha cumplido pura y simplemente con su deber.

— Buen abogado se echó tu marido con tenerte por mujer.

— Ha desterrado á Calvina y luego dispuesto que se hiciera una función de desagravios en el bosque consagrado á Diana, con arreglo á las viejas prescripciones transmitidas de generación en generación por el viejo monarca Tulo.

— No se habrán reído poco las gentes de purificación así en estos castísimos tiempos.

— Ríanse cuanto quieran. A Octavia no le quedó más remedio que unirse con Nerón y no le quedó más remedio á Silano que ahorcarse de cualquier árbol.

— ¿No podrías hacer, Agripina, el bien tuyo y el bien de tu hijo sin detrimento de nadie?

— ¿No podrías ir á otra parte con semejante música?

— ¡Cuán cruel eres!

— Díjete y repito cómo no tenemos uno á otro nada que arrojarnos mutuamente á la cara en las dos sendas vidas. Así, lo único que deseo es que instruyas á mi Nerón en retórica.

— También pienso en virtud instruirlo.

— ¿En virtud?

— Sí.

— Pues eso me tiene sin cuidado. Con la virtud no sojuzgará el ánimo de Claudio y con retórica sí.

— Pienso aconsejarle proceda en términos de que no echen de menos sus súbditos la República y se crean, bajo una especie de cónsul á lo antiguo, verdaderos ciudadanos.

— Desiste de tales intentos baldíos, ¡oh filósofo!, desiste por completo; pues más fácilmente impedirás al fuego arder, al relámpago lucir, al agua mojar, que oprimir al opresor. Un déspota republicano es como un dios ateo.

— Agripina, son los tiempos tan malos y están los ánimos tan corruptos, que no merece ya el crimen castigo, sino compasión, como no merecen los apestados penas, sino caridades y auxilios. Mi conciencia se subleva contra todo cuanto propones tú; mi voluntad á todo cuanto quieres tú se resiste; mi ser forcejea bajo tu látigo y entre tus cadenas por desasirse á la tiranía que lo agobia; y sin embargo, no hay otra salida que sepultar todo esto en lo más profundo y recatado del ser, siguiéndote como al fascinador el fascinado. Yo tengo ideas propias; pero me ahogo en las ideas contrarias á ellas, por imposibilidad completa y absoluta de remontar su corriente. Caído como catarata de lo alto, mis brazos han resistido y pugnado algún tiempo, mas se desmayan como le acontece al náufrago en su naufragio. El exceso en los diarios pecados obliga al exceso en las correspondientes protestas. Mi pensamiento resulta en su idealidad tan duro en el bien como dura la realidad en el mal. De otra suerte, imposible penetrar con mis esperanzas en la desesperación. El cáncer, que á todos nos come, pide una cauterización por el hierro y el fuego que á todos nos cure. Si las ovejas en el matadero adivinan que van á morir violentamente, ¿cómo podrán en el Imperio ignorarlo estos romanos, ceñidos todos de la misma cadena y pendientes de una señal del carnicero? Cuando nos vemos expuestos á perder con la vida el honor, lo primero que nos pasa, cuitados, es perder la cabeza. Mi conciencia es ingenua, pero falaz mi labio; es mi corazón puro é impuras sus determinaciones; quiere la voluntad el bien, pero la necesidad me constriñe al mal; y por el esfuerzo irremediable, imperioso, de conservar un día más, respirando y nutriéndome, la vida puramente animal, pierdo aquella otra vida más excelsa, llamada vida espiritual, que perdura en todos los tiempos. Si pudiera yo quitar de un golpe tanto mal en la realidad como de una simple abstracción lo quito en la conciencia, ¡cuán feliz, oh Agripina, sería! ¡Y pensar que así como el mal en mi alma no existe, podría también no existir en el mundo! Y sucede algo muy particular: sucede que no pudiendo pres-

cindir del mal, tomámoslo como un hábito y lo ponemos á guisa de levadura y de fermento en las costumbres, sin reconocerlo ni sentirlo. Y lo que, sin embargo de todo esto queda en el fondo de nuestro ser, parécese á espanto instintivo, irremediable. Andamos en la claridad como pudiéramos andar en las tinieblas; que si éstas nos ocultan los objetos, aquélla con todo su esplendor nos oculta los esbirros, ya que lleva cada cual detrás de sí un esbirro como la sombra el cuerpo. ¿Quién puede precaverse contra el capricho de la tiranía? ¿Quién excusarse de respirar un aire viciado? Estos dolores tan extendidos aseméjense de suyo á la universalidad en el morir y á las lágrimas en el nacer, que nos tocan por igual á todos. Amaga catástrofes el Estado sobre nuestras cabezas en los Imperios, como catástrofes en los terremotos el suelo bajo nuestras plantas; nos pegan un pánico tan intenso con un horror tan grande sus amenazas porque se formó el Estado para protegernos como se formó el suelo para sustentarnos. Estamos en las gradas del trono todos los romanos de igual modo que los reos de muerte en las gradas del cadalso. Y sin embargo, no podemos refugiarnos en las conspiraciones y en los alzamientos, porque agravarían el mal, añadiendo á su nativa crudeza la exacerbación y la recrudescencia. Cuesta mayor trabajo y trae mayor pena en esta nuestra situación rehusar que sufrir el yugo. ¡Felices los que pueden ocultarse hasta llegar á ignorados! Para huir de aquello que no podemos evitar, únicamente nos resta una salida, la muerte. ¡Infelices tiempos aquellos en que los rayos descargan tan sólo en las virtudes y en el talento porque son muy altos! Hasta la honradez hoy es peligrosa. Por eso, Agripina, te confieso que admiro tu valor en tus ambiciones. Yo ni el bien me atrevo á querer y á ambicionar. Mucho se duele uno de carecer en el destierro de las bibliotecas romanas; pero si piensa también que se halla lejos de la corte, créese como un esclavo huído á la ergástula. Precisa decirle á toda tiranía que podrá inferirnos poco mal en el menosprecio nuestro al dolor ó al destierro. Hasta de las riquezas nos descargaremos, á ser necesario para vivir, como se alivia de su carga la nave cuando es necesario para bogar. Aun tomadas todas estas precauciones, precisa decir que no escaparemos á la desgracia. Casi hay consuelo en pensar cómo nadie muere á su hora natural y todos nos vemos á la descuidada sorprendidos

por una muerte anticipada y violenta. Impotencia de la tiranía; que hasta en sus mayores castigos hay algún bien para quien ejercita su libertad y ama la virtud. Así como la seguridad de pasar desde nuestro bajo mundo á otro mejor aliviará de su peso á mis cadenas, la esperanza de aislarme dentro de tus palacios quitará seguramente rigores á mi dolor. Yo ayunaré ante una mesa cargada de manjares; yo vestiré sayal de asceta bajo mi rica toga de cortesano y favorito; dejaré mi lecho blando para dormir sobre los duros pavimentos de tu palacio, y en las cráteras de Falerno echaré agua de una fuente. Mientras el tirano prepare mi suplicio, yo me adelantaré á su deseo, convirtiendo la vida en una larga preparación á la muerte. No podrá cosa ninguna contra mí en tanto que no pueda evitar mi suicidio.

— Pero ¿á qué viene toda esta jerigonza?— preguntó Agripina cansada ya de aquella sarta de sentencias estoicas que le parecían frases incoherentes é ideas truncadas.

— A decirte bajo qué pie yo entro en tu palacio y en qué ideas pienso yo educar á tu Nerón.

— Ahora, dejémonos de tales jergas; y para cumplir con los oficios á que te comprometió la vuelta de tu destierro y el reintegro en mi servicio, comencemos por saludar á Claudio.

— ¿A Claudio?

— Sí, á Claudio.

— ¿Lo has pensado bien?

— ¡Pues no!

— ¿Para qué necesita de mi presencia?

— Muy sencillo. Para que tu ausencia no se repita.

— Mejor encontrarme conmigo á solas en Cerdeña, que de él acompañado en Roma.

— Lo que dices paréceme una frase vacía de sentido cual tantas otras que usas, pues has deseado mucho venir á Roma; y dada tu posición como daño tu carácter, no podías venir á Roma sin entrar en palacio, ni entrar en palacio sin tropezarte con Claudio. Vamos, pues, á verlo.

— No en mis días.

— Os creéis sabios y sois locos.

— Sea lo que quiera.

—¿Cómo juzgas posible, hombre desatentado, hallarte aquí en el Palatino y no hablar con Claudio?

—Triste condición la nuestra. Hemos enseñado con la filosofía el arte de ser libre á todo el mundo y nosotros únicamente sabemos las obligaciones del esclavo.

—Te dejo decir todo cuanto te pase por la cabeza con tal que tú me dejes hacer todo cuanto se antoje á mi albedrío. Así, conjúrote de nuevo para que hables con Claudio.

—Ese cojitranco trae consigo envuelta en su sombra la desgracia. Tiene tal pellejo que dura mucho tiempo, y hasta en la hora de su muerte no tendrá por dónde le deje la vida. El alma le ahoga como al epiléptico la sangre y como al borracho el espirituoso licor. Aunque todos los días le mata y entierra el horóscopo continuo de la vulgar astrología, él nos matará y nos enterrará de seguro á todos. Él ha conferido el derecho de ciudadanía en su estolidez á tantos extranjeros, que no quedan ya romanos en Roma. Pero ¿qué ha de hacer? Mientras su pierna se arrastra como un reptil, se balancea su cabeza como un mareo. Aunque se dice romano, el infeliz ignora cuándo nació y á qué nación pertenece. Por la mezcla de su dialecto bárbaro con el griego y el latín, esta es la hora en que nadie le comprende. Su voz parece al resuello informe de las focas hambrientas. Como que no debe la ciudadanía y el derecho de ciudadano á Rómulo, el fundador de Roma; débelos á Munacio, el fundador de Lyon, donde naciera ese animal de las Galias. Por la mañana oye los abogadillos, por la tarde los actores, por la noche los libertos; así pasa la vida escuchando y no aprendiendo. Él se cree dios; muchos dudan que sea hombre, y lo fío yo por bestia. Así, ha divinizado á su abuela paterna Livia para heredar su divinidad y que lo transmutan de leño en dios, como hace Ovidio en sus *Metamorfoseos*. Incapaz de despertar una mosca, el infame ha inmortalado muchos mortales.

—¿Serás atrevido, Séneca, en tu afán de argumentar, hasta el punto de argüirle por la justa muerte de Mesalina? Esto únicamente me quedaba que aguardar ya de tu audacia, ¡oh desatentado filósofo!

—Pasémosle por el bien parecer esa muerte, y por no faltarte á tí, ni demostrar los comienzos y orígenes de tu fortuna. Pero ¿qué dices de las muertes de Silano, Pompeyo, Craso, Escribonia y

tantos y tantos? Baste decir que ha hecho perpetuas las saturnales, y ha conservado el banco de los reos en la peana de su altar. Créete que irá de seguro al infierno cojeando en compañía de tu aborrecible acusador, el goloso Narciso. Ellos reemplazarán á Ixión en su rueda y á Sisifo en su roca. Y no descenderá Claudio mucho, puesto que fuera propiedad ó esclavo de Calígula; y Calígula se lo regaló, como pudiera regalarle un caballo, á su liberto Menandro; y Menandro, muy jurisperito, lo hizo, como para franquearle mejor el camino á las sombras infernales, su asesor y su escribano.

Cuando más engolfado estaba Séneca en decir todas estas frases, ábrese la puerta del camarín donde así hablaba y aparece Claudio. Agripina se asusta viendo á su marido, no por el temor de que algo hubiese alcanzado y oído éste de las palabras del filósofo, pues hartó sabía lo tardo y pesado de la comprensión en su esposo, por el temor de que Séneca tuviera algún acto de altanería y lo echase todo á perder con sus brusquedades. Pero no, aunque Agripina se las prometiera tales, había juzgado á un pensador de su tiempo de modos no consentidos ya por aquellas ideas y aquellas costumbres. Lejos de levantarse y erguirse á un movimiento de indignación en presencia de su proscritor, el proscrito hundió las dos rodillas en el suelo, plegó las manos sobre su pecho, alzó á las alturas los ojos y recitó con la misma voz, con el mismo ademán y en lenguaje idéntico á como había dicho todo lo anterior, esta oración digna de ser consagrada, no á un Claudio, á un dios.

—¡Oh señor! ¡Cuán feliz me siento al verte! Como se regocijan todas las plantas y todas las flores contristadas por la noche al rayar el día, me regocijo yo con tu presencia. Déjame contemplarte, pues bien sé por una larga devoción á tu persona, que mientras tenga fijos los ojos en esa tu cara no podrá entrar la congoja en mi pecho. Bien es verdad que ni el dolor ni el placer tendrán en mí ser cabida mientras los domines y sojuzgues con tu imperio. Con tenerte á tí, ya lo tengo todo, pues fuera de tí nada en el mundo hay. Así te pareces á los astros en que ni puedes parar tu carrera, ni adscribirte á ningún lugar, ni depender de nadie. Por consiguiente, yo no tengo cosa ninguna que me pertenezca mientras tú vivas, ni afectos ni aun los más rudimentarios y precisos intereses: todo es completa y absolutamente tuyo. A nadie se pliega tu fuerza, y pliegas á los

antojos tuyos tú las fuerzas todas. El resplandor divino de tu faz me anima como fuego vivificante y me alumbra y esclarece como efluvio etéreo de un sol sin ocaso. Que nada te recuerde alrededor tuyo la necesidad de tu muerte, y que todo cuanto te circunde pueda desearte vean los nietos de nuestros nietos aquel día de tu tránsito, en que deberás abandonar la tierra y subir al cielo. ¡Feliz el mortal seguro como tú de su inmortalidad! En el género humano durará tu memoria cuanto dura su espíritu, porque la mayor parte de sus males se han remediado entre dos días como el día de tu natividad y el día de tu deificación.

—Vamos, veo que no recuerdas tu destierro — dijo Claudio en un momento en que tomaba la palabra de Séneca espacio breve para un ligero respiro.

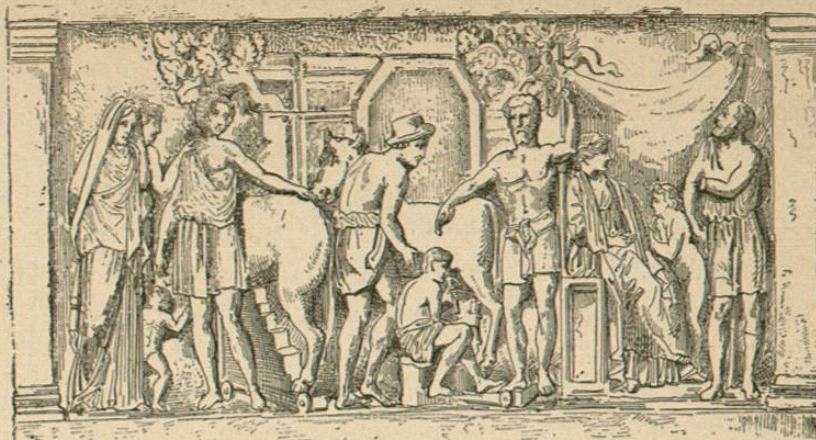
—¡Mi destierro! Ni ahora lo recuerdo, ni antes lo sentí, prometiéndome á la continua de tu clemencia que me llamarías á espectador de tus victorias. Siempre creí que tu mano pródiga no hería mi pecho desterrándome; lo escudaba contra golpes mayores de la ciega fortuna. No me has atormentado, no; me has sostenido. Cualquiera que fuese la causa de mi destierro, yo estaba seguro de ser inocente y bueno en cuanto así lo quisieses. No ha pasado en tu tiempo lo que pasara en otros tenidos por más felices en el vulgar sentir; nos conducías al destierro por arrancarnos á la muerte. ¡Gracias te sean dadas perennes!

—Bien hablado — le dijo Claudio. — No has perdido nada ni en filosofía ni en declamación. Te felicito.

—¡Dioses! ¡Qué abismo — exclamó Agripina — entre lo ideal y lo real!

—¡Cuán embustero — dijo Claudio para su capote, — cuán embustero! Mucho me gustó mi mujer siempre; pero con esta salsa estoica no me atreveré á probarla jamás.

Aunque todo esto lo había dicho Claudio en sus adentros, sin mover los labios, no se necesitaba el genio de Séneca ni la penetración de Agripina para comprender que comenzaba en aquel momento una resistencia grandísima del emperador á ellos y por ende una guerra entre todos á muerte. Y así, mientras el retórico apercibía sus arengas para seducir á Claudio, Agripina sus venenos para el probable caso de no servir las arengas.



CAPITULO III

LA RETÓRICA DE NERÓN

Bien pronto Agripina comprendió, visto el ceño de Claudio, su rebelión interior contra la vuelta del filósofo, á quien jamás perdonaría las heridas más incurables, las heridas abiertas por las frases del estoico en su amor propio imperial, creído profundamente de que, habiendo aquistado el imperio por casualidad y fortuna, conservábalo por propio mérito y gracia. En tal persuasión, en la persuasión de que Séneca no prosperaba sus negocios ni servía sus planes, todo lo contrario, aguábalos con los recuerdos suscitados en la memoria del emperador y las aprensiones en el camino suyo suscitadas, como subsiguientes á los recuerdos, apresurábase con suma precipitación á servirse de Séneca, para lo que principalmente le había traído al palacio, para convertir á Nerón en orador, ó por lo menos retórico, capaz de cautivar con sus frases más ó menos felices á Claudio y moverlo y persuadirlo al necesario testamento en favor de su entenado y en mengua de su hijo. Nada tan deslumbrador en la civilización antigua como el recuerdo de Troya, según llamamos generalmente á la ciudad frigia, ó de Ilión, según generalmente la llamaban los griegos. Las cuatro cristalizaciones más hermosas del espíritu helénico se refieren á esta inmortal ciudad; los poemas homéricos, el teatro ateniense, la escultura